

El León Errante

Santiago González Carriedo

**Editorial Intangible
Valencia**

A mi hijo Diego y a mi hermano Alejandro

—1—

Saltamos sobre una banda de alta velocidad en la estación; en cuestión de dos minutos deberíamos estar en el puerto fluvial de San Marcos. Había recibido una llamada del Comodoro López-Estrada comunicándome que una nueva fuga criogénica se había producido en la planta nanobiológica de Veguellina de Órbigo. A esa hora todo el centro de León estaba lleno de bandas que utilizaban los hombres de negocios, políticos y todos aquellos que se pudieran permitir el lujo de pagarse un transporte tan caro y seguro. El arco de acceso identificó mi iris y la banda subió hasta los cuarenta metros de altura a una velocidad vertiginosa. Apenas me fijé en los monumentos, calles y edificios históricos que jalonaban todo el centro.

-Prepárese para descender sobre el puerto-, me comunicó Lemi.

Una aclaración absurda, siempre me señalaba los trayectos como si yo no los conociera; de todas formas, era inútil recordárselo: seguiría

haciéndolo. El puerto fluvial de San Marcos se extiende en pleno centro del río Bernesga detrás del antiguo edificio. Cientos de canales parten de allí en todas direcciones. Afortunadamente, nuestras hidromotos estaban aparcadas en un pequeño hangar situado a cien metros de la bajada de la banda. Corrimos hacia allí y, una vez sobre nuestros vehículos, fuimos sorteando hábilmente la red de canales hasta llegar al que nos conducía hasta el río Órbigo; se trataba de una vía fluvial poco utilizada en transportes rápidos; normalmente era utilizada por gente adinerada que poseía barcos de vela como en los tiempos antiguos. El canal se introducía entre una espesa vegetación y era el lugar idóneo para pasar un buen día de pesca y cenar truchas.

Estábamos llegando al empalme con el Órbigo y al fondo se veían los imponentes edificios de la planta de biología nanotecnológica. De repente, vi por el rabillo del ojo que la moto de Lemi perdía el equilibrio de su monorraíl y se caía al agua. Me extrañó que hubiera cometido un error tan básico, era un gran piloto. Di media vuelta para recogerlo y lo encontré en medio de unas doce truchas de aproximadamente diez kilos cada una, peleando con ellas a brazo partido; los peces le enseñaban sus finos dientes sosteniendo la cabeza fuera del agua gracias a sus poderosas colas. Lemi había logrado sacar del bolsillo de su americana una pistola láser con la que mantenía a raya a las truchas. Me acerqué dando una amplia curva y desaceleré cuando le tendí un brazo a mi compañero para subírmelo a mi lado. Lemi se agarró y yo le icé, pero no pude evitar que unos dientes afilados como agujas me rasgaran el pantalón vaquero a la altura del muslo produciéndome una herida poco profunda pero escandalosa. Nos alejamos de allí perdiendo de vista a las truchas. Mientras conducía, Lemi intentó curarme con un coagulador rápido que haría que los arañazos y cortes cicatrizaran en pocos minutos.

— No te preocupes, Lemi, un roto más para mis vaqueros. Lo siento por ti: tu traje está empapado y arrugado. Quizás deberías de quitarte la corbata y escurrirla. ¿Y tu sombrero?

— Creo que voy a tener que hacerme con otro-, señaló lacónicamente mientras se exponía al aire de la velocidad para secarse.

— Ten cuidado, no vayas a resfriarte-, bromeé.

— Jefe, ya sabe que yo no puedo constiparme.

Definitivamente, Lemi no tenía ningún sentido del humor y no iba a ser yo quien se lo proporcionase; me pasaba el día entero con él y, en ese

tema, ya lo daba por perdido. Aunque no fuera un alegre compañero de francachelas, he de reconocer que era el mejor ayudante que me habían asignado en años.

Arribamos en el puerto de la planta de biología nanotecnológica. Parecía mentira que un barrio prácticamente en las afueras de León pudiera tener un puerto tan grande; sin duda era debido a la planta, la más importante en la Tierra en su género. Aparqué mi hidromoto pensando que el Comodoro López-Estrada no se iba a poner nada contento cuando le dijese que uno de sus preciosos y carísimos vehículos estaba ahora en el fondo del canal, destrozado, sin duda, por esas rapaces acuáticas.

— Jefe, tenemos unas pintas desastrosas-, observó Lemi-. ¿Cree usted que nos recibirán con estas ropas mojadas y arrugadas y, desde luego, nada esterilizadas?

— Eres muy mirado, Lemi, ya verás como nos reciben -No obstante eché un vistazo a mi compañero y vi que, en efecto, ofrecía un aspecto lamentable: su traje de tweed oscuro estaba chorreando y su camisa había dejado de ser blanca e impoluta; la corbata era un guiñapo que le rodeaba el cuello y además, sin su bombín, perdía personalidad. Para rematar la faena, su maletín oscuro de cuero de primera calidad presentaba dentelladas a diestro y siniestro-. ¿Te sientes bien?- pregunté un poco asustado.

— Sí, eso no me preocupa, el caso es que nos dejen entrar de esta guisa. Me miré a mí mismo; los cambios en mi persona no eran tan espectaculares; un descosido más en mis vaqueros raídos no llamaba la atención y mi camiseta presentaba manchas de sangre, pero estaba aún muy húmeda. Los zapatos deportivos habían perdido algo de su color, pero ya se secarían. Mi cabeza era una masa de cabellos revueltos, lo que tampoco desdecía tanto con mi aspecto habitual.

— De eso me encargo yo, déjalo de mi cuenta.

Dos robots con vagas formas humanoides se acercaron a nosotros. Caminaban sobre un cilindro a modo de pies. Era raro que tuvieran allí modelos tan antiguos, cuando todo el mundo sabía que nadaban en la abundancia. Quizás los habían sacado en nuestro honor, visto nuestro aspecto.

— Señores -su voz metálica añadía aún más años a esa chatarra-, hemos de pedirles que nos den su documentación.

Era increíble. Ni siquiera se habían molestado en actualizar a esas dos

máquinas. ¿De qué época serían? No se empleaba documentación en papel desde hacía por lo menos dos siglos o más. Adelanté ligeramente mi cabeza para ver si reconocían el iris de mi ojo derecho; los robots se tiraron para atrás, no diría que asustados pero sí desconcertados.

— Un momento, muchachos -me dirigí a ellos dos-. ¿Y el iris? ¿Las huellas cerebrales? ¿No os dice nada eso?

Lemi se había quedado observando la escena; creí ver en sus ojos un cierto desprecio por aquellos seres inferiores.

— Jefe, creo que alguien con más cualificación viene a recibirnos-. En efecto, una joven señorita vestida a la última moda de trajes con tubos fluorescentes, tacones hidráulicos y melena violeta recogida en el moño se dejó ver saliendo de una puerta del complejo. No sé de dónde, pero lo cierto es que Lemi sacó un peine de carey y en un instante estaba perfectamente peinado. Vaya, no conocía yo esta faceta coqueta de mi sobrio ayudante.

— Buenos días-, dijo dudando imperceptiblemente a quién tenía que dirigirse. El señor Rodrigatos, gerente de la empresa, les recibirá en unos minutos. Si tienen la amabilidad de acompañarme...

La empleada representaba unos veinte años, era esbelta y sus facciones eran finas y delicadas, a pesar de lo cual no era nada expresiva. Caminamos detrás de ella dejando detrás nuestro un reguero de agua. Los dos robots se habían evaporado.

— Dígame, señorita, ¿cómo sabían que íbamos a venir?

— ¡Oh!, creo que el señor Rodrigatos le podrá dar una explicación.

—2—

Nos introdujo por unos pasillos perfectamente iluminados de luz solar; sin duda el techo estaba lleno de placas solares que no dejaban ver el cielo pero sí que dejaban pasar la luz natural. Abrió una puerta y nos metimos en un despacho en el que nos esperaba, sentada al frente de una amplia mesa con pantallas en su superficie, una señora vestida más bien de manera clásica, con zapatos planos, un traje chaqueta de lino y un peinado teñido sólo de amarillo paja. Llevaba, además, gafas, lo que

causó mi extrañeza. Se debió de dar cuenta de mi gesto, pues me dijo:

— Siempre me ha gustado llevar los objetos tradicionales de nuestra tierra-. No supe en ese momento si la palabra tierra la había pronunciado con mayúscula o minúscula. Lo que parecía ser cierto es que era miembro del partido gobernante del Estado Unido de León.

— Perdone que no me haya presentado: soy la señora Condado, secretaria del gerente de la planta, el señor Rodrigatos. Quizá se pregunte cómo hemos sabido de su llegada.

— Querrá decir de nuestra llegada, señora Condado-, y señalé a mi compañero.

— Señor Vilecha, yo sólo veo una persona y no tengo por costumbre dirigirme a las máquinas. ¿Acaso le da usted los buenos días a su lavadora?

— En ese caso, si quiere quedamos un día a tomar una copa y me cuenta cómo se dirige a la empleada que nos ha traído ante usted, un modelo del 34 con cerebro positrónico de última generación exactamente como el de mi compañero, que se llama LE-1794-K aunque yo prefiera abreviar en Lemi. O bien me puede contar quién ordena a esos dos patanes de hierro que vengan a recibirnos y a pedirnos nuestro carnet de identidad.

La señora Condado enrojeció hasta el escote y se limitó a señalarme una silla de madera para que me sentara. Lemi se quedó de pie, al lado de la puerta.

— Mire señor Vilecha, el Comodoro López-Estrada nos ha llamado para comunicarnos que vendrían usted y ... y su compañero con la intención de hablar con el señor Rodrigatos. Siento decirles que el señor gerente está en una reunión muy importante y que no puede recibirles-. Soltó toda la parrafada de un tirón haciendo un gesto ostentoso hacia el aspecto que presentábamos.

— Pues creo que el señor Rodrigatos- repuse-, debería de atendernos lo antes posible para que podamos ir de vuelta a nuestras casas y adecentarnos convenientemente. A fin de cuentas, señora, si presentamos este lamentabilísimo aspecto es debido a unos tiburones que nos atacado durante el camino; quizá su gerente pueda darnos una explicación.

— ¿Tiburones? Hasta los niños saben que en León no hay tiburones más que en el acuario virtual.

— Bien, pues hábleme de esas truchas gigantes que tienen la manía de

morder a todo bicho viviente o máquina que se precie.

— ¿De qué me está usted hablando, señor Vilecha? Creo que la entrevista se ha acabado ya.

— Como usted quiera, señora Condado-. Me levanté y me dirgí hacia la puerta-. Lemi, vámonos, tenemos que redactar el informe de la entrevista para el Comodoro.

Para mi sorpresa, la puerta se abrió y dejó paso a un señor de mediada edad, con bata blanca que dejaba ver una camisa a rayas y una corbata de tonos azulados. También llevaba lentes. Se me acercó y me tendió la mano con una amplia sonrisa en su rostro.

— Señor Vilecha, encantado de recibirle a usted y a su compañero-. Su voz sonaba clara y amable y su apretón de manos había sido fuerte-. El Señor Comodoro me acaba de comunicar que vendría usted con su ... su compañero. Por favor, venga a mi despacho. Merche, por favor, que no nos moleste nadie.

Estaba empezando a hartarme de que el singular valiera por plural; se conoce que Lemi tenía instrucciones en su cerebro, porque él sí que asumía esta violación de las reglas gramaticales y se dispuso a seguirnos.

Sobre el autor

Santiago González Carriedo nació en Palencia y en León en 1955.

Compaginó su época universitaria en Oviedo con frecuentes estancias en Suiza y en Francia, donde fue peón de albañil, limpiador, portero y leñador entre otros oficios. Ello le dio ocasión de aprender un francés impecable y cinco o seis lenguas más que ya ha olvidado.

Decidió sentar la cabeza al aprobar su segunda cátedra e irse a vivir a Valencia, donde reside desde hace veintiocho años. Su vida azarosa le ha llevado a ser traductor e intérprete, conferenciante y vocalista de los *Cajun Alligators of the River Turia*, el único grupo de música *cajún* que ha habido en España. En la actualidad, ya retirado por sus dolencias vitales, vive felizmente con su mujer y su gato, felino explotado pues es él quien ha escrito sus cuatro novelas y sus dos poemarios.

Esta es su segunda novela publicada con Editorial Intangible.

Del mismo autor en Editorial Intangible:

[Agradecimientos](#)

Título: El León errante

Colección Narrativa 5

Edición digital/ebook: Editorial Intangible, 2012

Cubierta: Editorial Intangible

© de esta edición: Editorial Intangible.

© worldwide for spanish language edition

© De la obra: Santiago González Carriedo.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier manera o medio, ya sea este electrónico, mecánico o de otro tipo, sin la autorización expresa del propietario de los derechos.

ISBN: 978-84-940375-1-1

Editorial Intangible. Av. de Francia 4, 3-5

46023 Valencia, España

www.editorialintangible.com

info@editorialintangible.com